

Durante los últimos veinticinco años del siglo XIX, Clarín leyó y comentó minuciosamente la obra galdosiana. Siendo Galdós el más robusto novelista español de la centuria, y Alas el más agudo crítico de la misma, el encuentro produce un campo de reflexión muy rico, donde se mezclan la teoría de la novela, la exposición y reconsideración del naturalismo, un intento de periodización de la obra de don Benito, apuntes de comparatismo (Galdós y Balzac, Galdós y Dickens, etc.), más todas las puntualizaciones que un lector apasionado y moroso como Clarín podía extraer de cada texto en particular.

Es muy feliz la idea de reunir estos artículos, dispersos en periódicos y revistas de España y América, y merecía la pena que lo hiciese un especialista en aquel período, como lo es el profesor Sotelo Vázquez. A través de su prólogo y anotaciones podemos situar al ilustre dúo en la telaraña política, intelectual y social de la España que va desde la Gloriosa al Desastre, dicho como alegoría de un drama nacional que halló en Galdós su mayor director de escena y en Clarín su más inteligente glosador. Krausismo, neoespiritualismo, regeneracionismo, psicologismo, identidad histórica de España, son algunos de los incisivos contextuales que podemos examinar gracias a la tarea ordenada e informada del profesor Sotelo. Sin olvidar que Clarín, a veces, fue un novelista de primerísima calidad y que esta autorizada destreza agrega un calificado sesgo a las lecturas de un colega.

Dionisio dormido sobre un tigre. A través de Nietzsche y su teoría del lenguaje. Enrique Lynch. Destino, Barcelona, 1993, 399 páginas

Un fantasma recorre España: la relectura de Nietzsche, ese pensador actual y antimoderno que parece el cerrajero de nuestra contemporaneidad. Ahí están los recientes trabajos de José María Valverde, Miguel Morey y Enrique Ocaña, para probarlo. En ellos, la preocupación por el lenguaje —filología, hermenéutica, significancia, símbolo— es recurrente. En esta zona ingresa el libro de Lynch, cuyo trasfondo es una tesis doctoral y que se propone examinar los diversos abordajes que Nietzsche hace a la problemática del lenguaje y que, de vuelta, el lenguaje le plantea como escritor y músico, como filólogo y bailarín.

Tras un paciente e implacable recorrido por el *corpus* nietzscheano, Lynch establece una suerte de epistemología que trabaja con elementos directamente tomados del lenguaje, que es el límite interno de toda tarea filosófica. La filosofía no se ocupa de la verdad, sino de la creencia, por lo que el filósofo ha de investigar el misterio de lo creíble (las llamadas «razones del tigre») y desatar la confrontación del prejuicio con la palabra. Por eso la filosofía no es ni lógica que provee de categorías inmarcesibles al pensamiento, ni metafísica que suministra un fundamento eterno al ser, más allá de la experiencia: la filosofía es genealogía y filología, exploración de la historia oculta en las palabras, por medio de unas palabras que también tienen una historia oculta, y así hasta el infinito, que se bloquea con un gesto del demiurgo que baila y canta de entusiasmo.

El cuerpo es el que se interpone entre la palabra y el abismo en que se busca la inhallable ultimidad. El cuerpo es poder, señorío proyectado al futuro, decisión donde el lenguaje se torna consigna, otorgando al decir una calidad política. Si el pasado es poético, el futuro es político.

Siempre, de algún modo, la palabra es dominio y, por tanto, gesto político. Si, de un lado, la sujeta el molde retórico, por otro, en tanto cuerpo, es explosión significativa, acción *tropical*, como la denomina Lynch. Por ello, más que referir o referirse a un mundo consolidado por la verdad, la lógica y la metafísica, la palabra es un acto que configura, aunque sea momentáneamente, al cosmos.

Como se ve, esta visión felina y rugiente de Nietzsche resulta sabrosa y acredita el radical acierto de Lynch al perderse en la selva de su autor. Al menos, en su zoológico.

Fragmentos sobre la actualidad. Agapito Maestre. Diputación de Ciudad Real, 1991, 231 páginas

Esta miscelánea de fragmentos (así lo quiere el autor y el fragmento alcanza una calidad epistemológica) reúne artículos publicados entre 1988 y 1991, entre el desplome del bloque comunista y la Guerra del Golfo, por poner hitos. El autor, formado entre el neoliberalismo del 68 y los epígonos de la Escuela de Frankfurt (las coincidencias/disidencias entre Apel y Habermas), revisa su historia personal a través de la experiencia de una

generación y los asuntos que más le interesan entre los suscitados por la pasajera actualidad, ese tiempo que es el único disponible para existir: Alemania, España, los veinte años que van desde la revolución estudiantil a la montante neoconservadora de los ochenta.

La prosa rápida del artículo, el ánimo polémico, la necesidad de comunicar, el deber de disentir y explicarse, dominan estas páginas y constituyen su principal atractivo. Finalmente, la historia que podremos/podrán contar de nosotros será la que hilvanen nuestros entusiasmos o nuestras desesperaciones ante las apasionantes incertidumbres del tiempo. Dicen que tiene un espíritu. No importa. Tiene una letra, como ésta que nos propone Maestre en sus fragmentos.

Política para Amador. Fernando Savater. Ariel, Barcelona, 1992, 237 páginas

Después de la ética para el *amateur*, la política. Savater nos tranquiliza: no habrá estética ni metafísica. Estamos ante un texto didáctico, pero donde la didáctica es un nivel del conocimiento más para el que enseña que para el que aprende («Simplifico y exagero a mansalva», se lee en p. 109).

¿Cómo es el animal político savateriano? Diría que un animal capaz de invertir la zoología del espíritu (la figura ha sido hurtada de Hegel): no querer porque se vive, para satisfacer el apetito, sino vivir porque se quiere, para insatisfacer el deseo. De ahí, de ese plus o abuso humano del mundo, la cultura. Y la política como el intento más ambicioso de organizar esa cultura, sin perder nunca el plus deseante: la libertad.

En consecuencia, la política es una actividad dramática, en la cual la sociedad debe respetar el derecho de los individuos a excederla, lo que, en esencia, es antisocial. Por eso, la política no es una fórmula, sino un quehacer, que varía según el estado de las relaciones entre la cultura del deseo y la cultura del orden. La política se alimenta de ideas y aún de ideales (las ideas en su zona extrema, en su límite) pero no de utopías, porque las sociedades utópicas son aquellas donde los sujetos han dejado de desear y viven en zoológica armonía consigo mismos y con los demás.

Este tratadito, me atrevería a decir, es un manifiesto de optimismo, en medio de una moda que más bien tiende a la jeremiada de lujo, que recuerda a esos predicadores del barroco que apostrofaban el placer envueltos en sedas bordadas de oro. Optimismo porque reivindica el carácter creador del placer, el costado proliferante del deseo, y porque considera que la dicha (y la desdicha) son asuntos privados que no pueden resolver los poderes públicos. Ni siquiera pueden empeorarlos. Ni, menos aún, mejorarlos. Optimismo porque advierte que ninguna sociedad como las democracias industriales contemporáneas (tan cínicas, ansiosas, competitivas y depredadoras, ellas) ha logrado un estatuto de libertades, o sea de respeto por el deseo, comparable. Lo cual es poco y es enorme. Ello implica una doble promesa: conservar lo adquirido y ampliar lo adquirible. Mejor dicho (pág. 230): «Me llevo muy bien con lo que es la vida pero no con la vida como es».

Literatura europea del siglo XX. Corrientes, teoría, sistema y glosa. Juventino Caminero. Universidad de Deusto, Bilbao, 1992, 370 páginas

Al abordar la salvaje selva de las letras contemporáneas, el profesor Caminero ha preferido el método casuístico al enciclopédico, sustrayendo una serie de casos egregios y, a través de ellos, tratando asuntos más generales y teóricos. Así vemos desfilar a Thomas Mann, Kafka, Brecht, Böll, Camus, Butor, García Lorca y Virginia Woolf.

Temáticamente, estos ejemplos nos llevan, de la mano del autor, hacia la novela intelectual, la novela lírica, la teoría de la novela, los modos modernos de la catarsis por el arte, la épica contemporánea, la neopicaresca, el absurdo, el objetivismo, las vanguardias y el monólogo interior.

Contemplando panorámicamente la documentada expedición del profesor Caminero, se advierte en qué medida nuestro siglo ha sido variopinto y anacrónico, cómo ha mezclado la reiteración y la parodia de una experiencia estética de siglos, con los intentos más radicales de aniquilación del pasado y renovación. Quizá por ello estemos consumiendo sus últimos años con un eclecticismo que parece inspirado en la temporada de saldos de unos grandes almacenes en la aldea global.